

# La trama de un demiurgo

**Isidra Solari**

---

Una trama fantástica que Emir urde con hilos de Quiroga y Amorim, oriundos del Salto, con puntadas de París, Buenos Aires, Montevideo, Misiones y el Salto. Un trasfondo que aparece siempre en ritornelos.

## En busca de un autor

Ya aprendimos que muchas veces los actores necesitan un autor. Desperdigadas sus historias personales, sus escrituras todavía frescas, buscan un horizonte que las guíe, que confluyan al ámbito de sus lectores.

Emir, en un acto de magia pura, enciende las luces, define el escenario, asoma a misterios. Convoca autores que convierte en personajes en la trama ya enunciada. Maneja tiempos que retornan, fluyen o se contraponen, marcados por ausencias y encuentros.

Quiroga y Amorim, reunidos por Emir en un círculo sin principio ni fin, revelan la cultura de una época y la amistad como parte de la literatura. Emir los une y los consagra en otros mundos, palpitan libres, ajenos de ellos mismos.

## Montevideo. El principio del guión

El comienzo, un poco arbitrario, es un documental filmado en la década de los cincuenta. El argumento en su brevedad es prodigioso, revela a Emir en su amplitud humana y literaria. En un salón de clase, un pizarrón recorta su perfil de profesor que revela la dicha de serlo. Enfrenta la cámara con holgura, en manos de un Enrique Amorim camarógrafo, que será uno de los personajes principales del libreto, todavía sin saberlo.

Emir mira la cámara con valiente y curiosa simpatía, levanta el brazo, da la espalda y el yeso blanco se afirma en la pizarra. La herramienta, en sus manos, que explica las palabras. Esta vez muestran su nombre: E. Rodríguez



Monegal. El trazo de gran final, lo da el tilde, su apellido es coronado por el toque de la gracia.<sup>1</sup>

## Un viaje con futuro. Quiroga en París con Emir

*El Diario de París* que escribiera Quiroga en cuadernos, con el propósito de relatar a sus amigos, “los tres mosqueteros”, su aventura parisina al regreso al Salto, fue encontrado por Emir Rodríguez Monegal en 1949 en los archivos de Martínez Estrada en la Biblioteca Nacional.

Emir vislumbra, casi *a priori*, al escritor Quiroga, el cuentista que tanto admiró en sus obras posteriores y que nunca dejó de estudiar.

El prólogo de Emir desentraña a Quiroga escritor: “presenta un estimable aporte para el mejor conocimiento de su juventud, al tiempo que facilita el acceso a su intimidad y contribuye como pieza insustituible al estudio de su iniciación literaria”.<sup>2</sup>

## “El Salto” en la ronda

Escribir desde un pequeño cosmos, como lo es “el Salto Oriental”, puede ser una provinciana prepotencia o una ingenuidad casi patética. Así, y aún con estos precedentes ingratos, desfavorables, tomamos el desafío de unirnos al homenaje a Emir Rodríguez Monegal en la conmemoración de los cien años de su nacimiento.

## Una estratagema necesaria

Quizás pueda justificar esta intención de unirnos a la trama de Emir, descifrar el plan, seguir a los protagonistas y así captar la espléndida vastedad que los rodea. En este simular acciones y vislumbrar a Emir como el mago que guía los destinos, su universalidad marca y revela el mundo.

1 Amorim, E. *Galería de escritores y artistas de 1928 a 1959*. Disponible en: <http://www.restauracionesfilmoteca.com/cine-extranjero/no-ficcion/galeria-de-escritores-y-artistas-de-1928-a-1959/>

2 *Diario de viaje a París de Horacio Quiroga*. Introducción y notas de Emir Rodríguez Monegal. *Número*, Montevideo, 1950, 13. Disponible en: <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/26040>

## La urdimbre de Emir contiene el universo de la literatura

Las ideas densas de estudios, de investigaciones, la honestidad de su pensamiento, sus lecturas escrutadoras buscan y encuentran lo perdido. Sus palabras, de lectura amena, van calando hondo con la naturalidad de las gotas de lluvia que recibe la tierra seca del verano. La sabiduría y belleza de la literatura que vale por sí misma. Son prodigios del pensamiento de Emir, que ha creado una forma de leer que le debemos como pertenencia. Se necesita un estudio que lleva una vida el abarcarlo. Nos animamos a participar, como ya ha sido expresado, en un mirar de puertas entreabiertas, un entrar al laberinto y seguir el hilo que conduce Emir y llegar al firmamento de la literatura que designa autores que crean otros universos.

### Quiroga el escritor

En el libro *Diario de viaje a París*, el prólogo de Emir incluye comentarios de un Horacio Quiroga ya escritor: un diario de viaje como bitácora literaria, en que Emir anota además sentimientos que, por un pudor inmenso de Quiroga, yacen ocultos.

Su principal, su auténtico valor consiste, en realidad, en la luz que arroja sobre la psicología literaria de Quiroga, sobre sus preocupaciones como creador, sobre sus ambiciones y desmayos. En tal sentido el testimonio resulta único. Ya se han señalado en la segunda parte de la Introducción la naturaleza de sus observaciones y su tendencia a convertir rápidamente en materia literaria el suceso o el sentimiento vivido. A esas indicaciones cabría agregar otras, coincidentes, que muestran a Quiroga preocupado por afinar su instrumento verbal, hasta que le permita expresar los más sutiles matices que capta con aguda visión.<sup>3</sup>



### El viaje primigenio

El viaje se inicia en el puerto del Salto, el 21 de marzo de 1900, en el vapor *Montevideo*; en su río Uruguay, con “un notable color de dulce de leche claro” en sus aguas.<sup>4</sup> Después de una estadía corta en Montevideo, se embarca en el vapor *Città di Torino* e inicia el gran viaje de ultramar. Un destino soñado: París, la expectativa de la Gran Exposición Universal, la persuasión de su mundo literario, su presentido glamur, y el ciclismo del Grand Prix de Francia lo llamaban en forma inapelable.

3 *Diario de viaje a París de Horacio Quiroga*, 40.

4 *Diario de viaje a París de Horacio Quiroga*, 47

## Horacio y Enrique en el Salto de Emir

Mi condición de coterránea de Horacio y de Enrique, personajes de esta fábula, es un andar tras bastidores, un apuntador casi incoherente que intenta seguir el hilo inquisidor de Emir. La trama, desde este cosmos más íntimo, está poblada de ecos que, como fantasmas, se encuentran en las esquinas de los pueblos chicos. En las noches silenciosas el caminante, insomne, solitario, siente voces en los muros que repiten nombres de quienes los habitaron y se han ido. Muchos dicen Quiroga, otros replican Rodríguez Monegal, Amorim siempre transfiere en la lejanía de *Las Nubes*.

Son lugares que Emir ha revelado en la búsqueda de Quiroga, con la ayuda de Amorim. Los ha marcado en otra dimensión de mito, que va más allá de los sentidos. Un escenario propio de Bioy, el Salto inventado, habitado por un sosia de Morel.

## Horacio, sus pasos en las calles

Pasó mucho tiempo antes de saber que ese mundo que me rodeaba era el de Quiroga escritor. Había crecido siguiendo, inconsciente, los pasos de esta secuencia portentosa que Emir revela, los hitos que se distinguen aun en la ciudad y florecen con el nombre de Horacio. La Escuela Hiram donde había iniciado sus estudios, su casa de dos plantas en calle Uruguay, con su retrato de bronce en la puerta que indica su nombre y pone el tilde en su condición de salteño. Una filiación que apunta: no debe olvidarse.

El liceo, “Instituto Politécnico Osimani y Llerena”, un ícono donde estudió la secundaria.

Su preciosa Quinta de los veranos, hoy su “Mausoleo. Casa Horacio Quiroga”. El portal de entrada, custodiado por dos leones de terracota, da acceso a la avenida del medio entre palmeras. Los corredores, de largas balaustradas, asoman al jardín. Es la quinta de las afueras, de los huertos, que aparece en un sueño en sus noches de París:

Estaba en el Salto y nos aprontábamos para el baile de la noche. Yo estaba preocupado por el frac que estaba desarreglado. Llegué a las once y media al baile que se efectuaba en la quinta. La avenida del medio estaba profusamente iluminada, como los corredores, alfombrados y elegantes.<sup>5</sup>



5 Delgado, José María; Alberto Brignole. *Vida y obra de Horacio Quiroga*. Empresa Atlántida, 1939, 29-30.

## Las huellas pretéritas

Había recibido a Quiroga, sin saberlo, de la voz de mi padre leyendo los *Cuentos de la Selva* en largas sobremesas que Emir aprobaría. Sumidos entonces en la trama, sentíamos que el viejo surubí estaba en nuestro río y que el “Loro Pelado” era el de mi abuela, en su jaula de barrotes de zinc. Misiones era como un Salto, lejos y cercano.

Quiroga, un escritor escindido en las voces de todos, como si fueran nuestras.

## Horacio en bicicleta

Sus biógrafos destacan su pasión por el ciclismo. En el *Diario de París* el propio Quiroga lo revela y Emir lo destaca como uno de sus afanes, en la capital francesa, en los paseos por el Bois de Boulogne.

Sobresale esta afición, en la narración que escribe Horacio, la performance: Salto - Paysandú. Una cruzada muy dura que les lleva tres días; iban por los campos, de pastos duros, mojados de lluvia espesa. Sin embargo, sus proezas en su Salto han sido épicas, hoy todavía perceptibles en los recuerdos. Remontaba “al revés” la subida muy empinada de su calle, Uruguay, en ostensible desafío al repecho. Un esfuerzo que le demandaba ir parado en los pedales, una prueba que nadie elige ni imagina. “Quiroga se exalta ante las dificultades que su nueva pasión le oponía y, como de costumbre, los reveses redoblaron sus afanes”.<sup>6</sup> Trepaba a “El Cerro”, el otero máximo del Salto, por caminos casi inexistentes en sus paseos a su casa de la quinta. La bicicleta lo llevaba a paisajes que percibía desde fotografías para descubrir “la hondura infinitamente meditativa del panorama”.<sup>7</sup>



## Horacio en “su liceo Osimani”

Después de los cuentos de Misiones llegó el turno, en las lecciones de literatura del Liceo “Osimani”, de entrar en la paranoia contagiosa de la clase entera: revisar las almohadas antes de dormir. “El almohadón de plumas” había hecho estragos: ganaba el miedo. La literatura en las noches subyacía muda. Los estudiantes habían sido captados por el exalumno que, en su transmutación de tiempos y de roles, celebraba en presencia efímera el sentimiento de espanto vivo que impregnaba.

6 Delgado, José María; Alberto Brignole. *Vida y obra de Horacio Quiroga*, 59.

7 Delgado, José María; Alberto Brignole. *Vida y obra de Horacio Quiroga*, 58-59.

De esta manera ambivalente, paradójica, con intensidad y laxitud mezcladas, Quiroga y Misiones acompañaron el sentimiento de una pertenencia.

## Horacio en París es descubierto como autor por Emir

Sin embargo, el Horacio de mi infancia, de mis caminos por el Salto seguía huellas falsas, de leyenda. Lo cercano es, a veces, lo que más sabemos ignorar. Las huellas de Quiroga, las de los pasos hondos que marcan las pisadas para siempre y permanecen, las reveló Emir traducidas con acentos de París.

Quería ser escritor, París no había sido un amparo. Sin embargo, su estilo literario ya estaba iniciado y permanecería mucho tiempo oculto para otros. Emir enseña, y atisbo con alivio, que Quiroga, el personaje mítico, representa un ser vivo que se empeñó, en esta tierra del Salto, en encontrar desde muy joven la semilla que le demandaba otra pertenencia. Necesitaba volar lejos para encontrarla y encontrarse.

Debía seguir un sueño que empieza en un viaje. Parte desde un río ignoto, en la vastedad del orbe, que proclama su nombre en guaraní, *Uruguá* de los caracoles, que replica *itú* en las aguas que saltan, *ivirá -pítä*, en los árboles del monte y *ñacurutús* en las noches tartamudas de los búhos.<sup>8</sup>



El río Uruguay había sido la ruta de los jesuitas en sus viajes de Buenos Aires a Misiones. En sus mapas aparece el camino “al Salto”, donde establecieron un campamento. Su ubicación, en ambas orillas, oriental u occidental, dependía de las crecientes y los ataques de avanzada de portugueses y encomenderos. Horacio viajaba a París en un río que contenía la historia misionera, de exilios y derrotas. No sabía que el viaje, aun siendo a París, contenía el del destierro.

## Quiroga presente en París el universo guaraní de Misiones

Una anécdota revela este interés latente.

Reunido con amigos en el Café Cyrano en una partida de ajedrez, pregunta: “Diga, Carrillo, ¿Ud. habla guaraní?”.

<sup>8</sup> Ortiz Mayans, Antonio. *Diccionario Español Guaraní - Guaraní Español*. Octava edición. El Manantial, 1961.

Ante la respuesta negativa de Gómez Carrillo, reflexiona “Ni siquiera conocía la existencia de un idioma americano que se llama Guaraní”?

Un idioma que Quiroga, además de presentir, yacía en el ámbito que entonces habitaba, reflejado en las palabras descriptivas de sus ríos, sus plantas, sus parajes. Los jesuitas habían logrado escribir y explicar en diccionarios este idioma que se expresa en adjetivos. El guaraní fue el lenguaje de las Misiones, mezclado con el español y el portugués.

## La literatura engarzada, incrustada en la vida de Misiones en la *Revista del Bicentenario de Salto*

Las escenas de este film sin celuloide se trasladan con hondura a Misiones. Emir siguió las huellas de Quiroga hasta San Ignacio Mini. Lo encontró en su casa, en sus paisajes del río Paraná y en sus vecinos, los personajes de sus cuentos.

Esta revelación de Emir sacude la crítica literaria. Los ecos de esta investigación, sobre el terreno de Misiones, resonaron lejos.

La recoge una revista del Salto editada en el año 1956 para celebrar el bicentenario, un poco polémico, de la fundación de la ciudad. Cita a Emir para expresar la constatación inaudita.

Los habitantes, los vecinos de San Ignacio que Emir entrevista, develan su identidad de personajes en los cuentos más logrados:

Incluso en ese afán de esclarecimiento transita del autor a sus personajes, y así el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal acaba de publicar en una cotizada revista argentina un trabajo –Con Los Desterrados de Horacio Quiroga. Reportaje a sus Personajes– del que trascienden nuevos aportes a una exacta valoración de la creación del autor de “El Desierto”.<sup>10</sup>

## Quiroga y Amorim en Buenos Aires. La emotiva correspondencia encontrada por Emir

Dice Emir desde *Las Raíces de Horacio Quiroga*: “Un día de 1937 en que Enrique Amorim lo fue a visitar a su habitación del Hospital de Clínicas, donde se hallaba recluido para la operación final, Quiroga se entretuvo en

9 *Diario de París*. Badinel S.A., 2018, 64.

10 *La revista del Bicentenario*, Editada por Talleres Gráficos “Tribuna Salteña”. Salto, noviembre de 1956, s/n.

contarle sus frescos recuerdos de Salto y en hablar de su deseo de volver. Le dijo, medio en broma, que era como los elefantes que van a morir al sitio donde dieron los primeros trotes. Quiroga no pudo cumplir ese deseo. Habría de morir por mano propia en esa misma pieza del hospital, en Buenos Aires, la ciudad en que conquistó su fama, y solo volvería a Salto convertido en cenizas, aunque llevado, eso sí, por la mano del amigo”.<sup>11</sup>

Será Enrique Amorim, hijo de aquel Enrique a quien había conocido Quiroga en su adolescencia. En las cartas que escribe a Amorim se reflejan, mejor que en ningún otro testimonio de su correspondencia, las alternativas y las angustias de esta última crisis económica.<sup>12</sup>

## El libro de Emir *El desterrado*

“A la memoria de Enrique Amorim al que tanto deben el autor y el protagonista de este libro”. Es la dedicatoria del libro *El desterrado. Vida y obra de Horacio Quiroga*. Amorim representó para Quiroga, además de la amistad heredada de sus padres, el amigo atento a sus necesidades y vicisitudes. Fue el responsable que se le restituyera la titularidad de cónsul del Uruguay, una representación de su país que ejercería en Misiones. Además de atender sus necesidades emotivas y financieras, también lo acompañó en la clínica de Buenos Aires, postrado, ya sin esperanzas.



*El desterrado* es el libro de Emir que busca y descifra el ser humano encarado que habita Quiroga como escritor. En el inicio, el lugar más prestigioso del libro, estampa su dedicatoria que distingue a Enrique Amorim.

Emir escribe, deshilvanando con su pluma más sensitiva al desterrado Quiroga, incorpora en un sentido profundo a Amorim, el amigo que supo socorrer a Quiroga en sus penurias y en sus alegrías cuando programaban un regreso al Salto. Horacio había dibujado un plano del Salto para ubicar un terreno que quería vender:

cómo no comprender lo que significan estas líneas del plano natal, extraídas del fondo de su memoria, en la que también habitan esas siestas con los cabildeos de balcón a balcón. El hijo pródigo no vuelve, es cierto. Pero la memoria regresa incesante.<sup>13</sup>

11 Rodríguez Monegal, Emir. *Las raíces de Horacio Quiroga*. Montevideo: Ediciones Asir, 1961, 134.

12 Rodríguez Monegal, Emir. *Las raíces de Horacio Quiroga*, 129.

13 Rodríguez Monegal, Emir. *Las raíces de Horacio Quiroga*, 134.

## Las cenizas de Horacio: del Cementerio al río Uruguay. Otro misterio de Quiroga

En 1953 el Intendente de Salto, Arqt. Armando Barbieri, se empeñó en abrir la ciudad al río. El arroyo Ceibal la maniató. La costa había sido la zona fabril de saladeros y curtiembres que, exhaustos, permanecían casi inertes. Había pedido a Amorim imprimir al nuevo camino su vena poética, que marcara las pausas y las pautas. Así fueron surgiendo pequeños parques, estelas recordatorias, belvederes que incluían el paisaje agreste del monte, la poesía que contiene el río.

Construyeron entonces, casi en la barranca, cerca del monte el Panteón de Quiroga. Una capilla de la edad de piedra. Un ámbito interior de luz y de sombra amparaba las cenizas de las inclemencias del viento y de la lluvia. La propuesta era restituir al “huraño” y “agreste” su vocación montaraz. Sin embargo, las piedras claudicaron con el tiempo y volvieron a su pertenencia de barrancas en su camino ineludible al río. Otros destinos más circunspectos y cautivos esperaban las cenizas, antes de llegar al actual y sólido, su Casa Mausoleo.

## Ritornelos del Salto en 1955. Emir y Enrique, los peregrinos



Emir había seguido las huellas de Horacio. Las trémulas de París y las portentosas de San Ignacio en su casa vacía. No podía faltar al reencuentro con Horacio en otro río. El sepulcro de piedra guardaba sus cenizas, frágiles.

En una fotografía, del año 1955, aparece Amorim con su ubicua e indispensable cámara y retrata a Emir en la cima de piedra.<sup>14</sup> Emir pone el tilde, su presencia recortada en los cielos del Salto, el yeso en la pizarra es el árbol. Lo indica su brazo apoyado en las ramas. La cámara revela al amigo en el tótem de piedra. Están juntos en la tumba de Horacio, en el río Uruguay, casi en el monte. Reunidos, sin importar la fatuidad inconsistente del tiempo. Son ellos, despojados de sus personajes, son los tres amigos, que reencarnan los antiguos “mosqueteros” de Quiroga. Dejaron los papeles de literatura y sienten la honda emoción de acompañarse en la estación de piedra.

Alelados, mudos, habrán leído como en oración el verso de Enrique que la piedra transcribe en testimonio: “Horacio Quiroga, huraño y agreste. El árbol, la piedra, el río”. Están con Horacio en su cofre de cenizas, cerca del

<sup>14</sup> Se puede ver esa fotografía en <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/26060>

río de donde partió a París. Las aguas corren a su destino de Río de la Plata y siguen con su vocación a los inmensos mares.

Llevan en sus hilos, empapados de gotas mojadas, las palabras, las divinas y humanas palabras que los hombres hablan a solas, consigo. Son las de oro puro que dan el origen y acompañan hasta el día ignoto del plan secreto, sagrado, que ritma la vida y la vuelve agua, el agua que late en la gran esperanza.

En ese silencio de presagios puros las palabras premonitorias de Quiroga resonaron nítidas. Se hicieron visibles en la conmoción del cielo:

Y hoy no temo a la muerte, amigo, porque ella significa descanso. *That is the question*. Esperanza de olvidar dolores, aplacar ingratitudes, purificarse de desengaños [...] ¿Y si reaparecemos en un fosfato, en un brote, en el haz de un prisma? [...] Y él es el infinitamente dulce descanso del sueño a que llamamos muerte.<sup>15</sup>

## El Salto insistente

La irreverencia vuelve y es una certidumbre incómoda. El cosmos del Salto pretende integrarse al de las fotografías y adueñarse de toda la trama. Son las mañas celosas y acaparadoras de los pagos chicos. Es el epítome ilusorio que, como el de un genio, se escapa “del Destierro”, que incluye un encuentro de los protagonistas en este desvarío que sucede en el Salto.

Ya no son desterrados. Vieron el portento, los haces de luces refractadas en el prisma del río. El film se proyecta en la inmensa pantalla encendida del cielo, de las nubes del cielo y en el de *Las Nubes*.

## Montevideo. Homenaje a Emir 1985

Emir enseñó a leer la mejor literatura, la que transforma. Cada página marca, indeleble, su color de vida. Surge, además, la necesidad de agradecer su presencia en Uruguay en 1985 en Seminarios organizado por amigos. Fue la clase, magistral, primordial y generosa. La brindó desde sí mismo, desde su pellejo y corazón. Acudió con la emoción del reencuentro. Un homenaje que seguimos desde esta tierra del Salto en la lectura del semanario *Jaque*.

Un viaje que incluía el símbolo del regreso. Mostraba la valentía, el don de sí mismo y el darse. Un viaje que, como el de Quiroga, lo revelaba todo.



15 Rodríguez Monegal, Emir. *Narradores de esta América*, tomo I, 82-83.

Su aparente vulnerabilidad tenía el ropaje inapelable de su valentía, de su actitud de sobreponerse a las contingencias más duras de la vida. Su salud quebrantada, con el fin próximo anunciado, era sin embargo un acicate que lo empujaba más allá de las flaquezas de su cuerpo herido.

## Últimas disquisiciones

El viaje de Emir, el del reencuentro, el que atisbamos desde el Salto en la prensa, fue el regreso a su Montevideo del pensamiento. Cumplía con “el afán con que los que retornan buscan las costas de su patria, de su ciudad. Y ahora lo comprendo”. Nos explica un Quiroga reflexivo en pleno viaje.<sup>16</sup>

Era un viaje dedicado a sí mismo desde un aula abierta que abarcaba el mundo. El de la libertad del pensamiento, de las ideas y el de apego a los estudios sin indicaciones. El equipaje, imprescindible para el viaje de la vida.

El Homenaje, en este centenario de su nacimiento, presiente que este pasar de años es una pausa. Una pausa que marcará otros tiempos venideros. Sus palabras siguen y resuenan vivas en los que las han sentido, para que las encuentren otros en la ronda de la vida que acompaña los tiempos sin fin de las ideas.




---

16 Quiroga, H. *Diario de viaje*, 26.

